

Las exigencias del canto eclesiástico obligaban al poeta en ciertos casos á dar forma particular á sus cantares. Así, por ejemplo, en las cantigas cccviii y cccxvii se repite monótonamente el estribillo cada dos ó cada cuatro versos. Puede conjeturarse que hubieron de ser cantadas en la iglesia como una especie de letanía.

Por lo demás, cuando Alfonso prescinde de la imitación docta y artificial, y se entrega á las ingenuas expansiones de la inspiración popular, sus cantares toman cierto carácter de *dórica* sencillez, según la expresión de Ticknor, y la versificación corre espontánea y tersa, en metros no usados todavía en la poesía castellana escrita, pero que, por lo eufónicos y cantables, habían de ser gratos al vulgo, que instintivamente se paga siempre de lo más natural, llano y perceptible.

El verso octosilabo, que sin presunción literaria cultivaban las gentes indoctas en romances que, en su primitiva y genuina forma, no han llegado hasta nosotros (1),

(1) El Arcipreste de Hita habla de las poesías recitadas por los ciegos en su tiempo (primera mitad del siglo xiv).

«Cantares fis algunos de los que disen los ciegos.»

(Copla 1.488.)

Algunos de estos cantares populares del Arcipreste, los cuales, según él mismo dice, «non cabrian en dies priegos», fueron escritos en versos octosílabos. Que sabía hacerlos fácilmente lo prueba su canción á Santa María, que empieza así:

«Santa Virgen escogida,
de Dios Madre muy amada
en los çielos ensalzada,
del mundo salud è vida, etc.»

Las estrofas de esta canción están enlazadas entre sí por el ridículo sis-

es uno de los metros que el Monarca trovador ha manejado con mayor desembarazo y gala. Se deja llevar de tal modo del estro intuitivo de las clases inferiores, que hay á cada paso en las *Cantigas* coplas y trozos narrativos, y aun destellos poéticos de índole primitiva, que parece que han brotado del pueblo mismo. Copiemos en prueba algunas coplas:

«Omildade con pobreza
quer a Virgen corõada,
mais d' orgullo con requeza
e ela mui despagada.»

(Cant. LXXV.)

tema provenzal que Guiraut Riquier llama *Canson redonda*, según el cual el verso final de cada estrofa se repite al principio de la siguiente.

También demuestra cuán familiarizado estaba el Arcipreste con el octosílabo su *Cantiga de los Escolares*, de la cual copiamos la siguiente estrofa como prueba de su artificio métrico:

«De los bienes deste siglo
non tenemos nos pesar,
vivimos en grant periglo
en vida mucho penada,
ciegos, bien como vestiglo,
del mundo no vemos nada.»

Aquellos versos de los ciegos, sencillos é iliterarios cantares del vulgo castellano (que el ingenioso Juan Ruiz, con su libre espíritu, no se desdeñaba de imitar), son los que deseáramos especialmente conocer ahora. Pertenecen sin duda al siglo XIII, y debieron ser expresión fiel y sincera de los sentimientos y de las tradiciones nacionales.

Lamentable es en alto grado la pérdida de aquellos primitivos cantares del nacimiento y proezas de Bernardo del Carpio y otras obras poéticas, inspiradas por el hazañoso espíritu del pueblo castellano; *cantares de gesta*, de cuya existencia dan irrefragable testimonio la *Estoria de Espanna*, la *Crónica General* y la *Historia Gothica* (*De Rebus Hisp.*, lib. iv).

«Con dereit a Virgen santa
a nome *Strela do día*;
ca así pelo mar grande
come pela terra guía.»

(Con razón la Virgen santa
se llama *Estrella del día*;
que así por el mar inmenso
como por la tierra guía.)

(Cant. cccxxv.)

«Sobe los fondos do mar,
et nas alturas da terra
a poder Santa Maria,
Madre do que tod' enserra.»

(En los abismos del mar,
de la tierra en las montañas,
imperio tiene la Virgen,
Madre del que al mundo abarca.)

(Cant. cxcm.)

De indole tan popular es la entonación de estas coplas, que parecen seguidillas españolas.

Veamos ahora una muestra de octosílabos narrativos:

«Hũa moller ouu' un fillo
que mui máis ca si amaua,
boýnno d' uuns doz' anos,
et sempre ss' en él cataua
en cóm' era fremosynno,
et mil uezes lo beijaua
como madr' a fillo beija,
con que muit' afan padece.....», etc., etc.

(Cant. cccxxxi.)

(Una mujer tuvo un hijo
que más que á sí misma amaba.
No ha cumplido doce años;

y siempre en él se miraba,
porque era gentil y hermoso;
y mil veces lo besaba,
cual besa una madre á un hijo
que de afán le llena el alma.)

Aquí están ya el tono y el lenguaje del romance popular narrativo, que, en los idiomas de Castilla y de Portugal, había de ser tesoro inestimable de los sentimientos, de las creencias y de las fantásticas y caballerescas ilusiones de aquellos dos nobles y vigorosos pueblos.

Terminaremos este somero examen de la versificación de las *Cantigas* presentando breves muestras de los primores métricos que ha reunido en esta singular colección de leyendas milagrosas la caudalosa fantasía de D. Alfonso el Sabio.

He aquí algunas estrofas de la linda cantiga simbólica de *Musa*, muchacha frívola y atolondrada que tuvo en sueños la deleitable visión de la Santa Virgen, y quiso irse con ella, desdeñando desde aquel punto las alegrías mundanas:

«E esto facendo, a mui Groriosa
pareçeu-lle en sonnos sobeio fremosa,
con muitas meninnas de marauillosa
beldad; e porén
quiséra-se Musa ir con elas logo;
mas Santa Maria lle dis: Eu te rogo
que sse mig' ir queres, leixes ris' e iogo
orgull' e desden.

.....
A uint' e seis dias tal féuer aguda
fillou log' a Musa, que iouue tenduda,
e Santa Maria ll'ouu' apareçuda,
que lle disse:—Ven.
.....

¡Ay, Santa María!
quem se per vos guýa
quit' é de folia
e senpre faz ben.» (1)

(Cant. LXXIX.)

Como muestra de desembarazo, y al propio tiempo del abuso que se hacia de la repetición de la rima para dar mayor realce á la canturía musical, citaremos una estrofa de la cantiga CXCII:

«O om' entendudo
foi et de bon sen,
et apercebudo
de guardar mui ben

(1) He aquí la traducción de algunos de estos versos, si no literal en las palabras, absolutamente fiel en el metro, á fin de que los no versados en la lengua de las *Cantigas* puedan formar idea de la soltura, variedad y gala con que manejaban la versificación los poetas galaico-portugueses:

Y en su santo anhelo la Virgen gloriosa
le aparece en sueños por extremo hermosa,
con muchas doncellas de maravillosa
beldad; y también
Musa quiere, al verlas, ir con ellas luego;
mas Santa María le dice: Te ruego,
si quieres seguirme, dejes risa y juego,
orgullo y desdén.....
Á poco, de fiebre mortal abrasada,
y en doliente lecho la niña postrada,
de nuevo aparece la Virgen sagrada,
y le dice:—Ven.

.....
¡Ay, Santa María!
quien por Ti se guía,
sigue cuerda y pia
la senda del bien.

o mouro baruudo
falss' e descreudo;
et come sisudo
o mandou meter
en logar sabudo
d'aliub' ascondudo,
et dentr' estendudo
o fezo iazer.»

Conveniente juzgamos recordar también, para enca-
recer cual merece la soltura del metrificador, las tres
últimas estrofas de la cantiga ccc. Es el curioso cantar
en que el Sabio Rey revela que habia gentes perversas
que hasta le censuraban que compusiera la letra y la
música de las *Cantigas* en honor de la Madre de Dios.
Causábale esto pesar harto profundo, y es de presumir
que si la complicada combinación métrica de este can-
tar le hubiese causado el menor embarazo, no la habria
escogido para desahogar con tan viva y natural efusión
las amarguras de su alma:

«E por esto lle demando (*á la Virgen*)
que lle non uenna emente
do que diz a mãã gente
porque soon de seu bando,
et que ando
a loando
et por ela uou trobar,
et cuidando
et buscando
cômo a possa onrrar.

Mas que lles dé galardões
ben quaes eles merecen
porque me tan mal gradecen
meus cantares et meus sões,

et razões
 et tenções
 que por ela vou fillar;
 ca felões
 corações
 me uan porende mostrar.

E ar aia piadade
 de cómo perdi meus dias,
 carreiras buscand' e uías
 por dar auer et herdade
 ú uerdad' e
 lealdade
 per ren nunca pud' achar,
 mais maldad' e
 falsidade
 con que me cuidan matar.»

(Cant. ccc.)

Estas *filigranas* métricas de la Edad-media, que extremaron hasta la ridiculez los trovadores castellanos de los siglos XIV y XV (Cancionero de Baena), fueron reproducidas en la época del romanticismo, no sin primor y gala, por Víctor Hugo y otros poetas franceses y españoles secuaces de su escuela. Alguna extravagancia había ciertamente en estos juegos mecánicos de la forma poética; pero no llegaron ni con mucho á la absurda violencia métrica con que algunos desdichados rimadores combinaron los versos largos y cortos, no para producir contrastes eufónicos, sino meramente para formar con los versos una imagen plástica de objetos materiales: un jarrón, una pirámide, un túmulo, etc. Este frívolo empleo de la poesía fué ya conocido en las letras de Grecia y de Roma. Aun se conservan de Simnias de Rodas poesías *figurativas*, que representan alas,

un huevo y un hacha. Entre las obras de esta especie pertenecientes á los idiomas modernos, una de las más conocidas es la botella de Rabelais, formada de detestables versos desiguales, que Panurgo dirige *à la dive bouteille* (1).

Don Alfonso el Sabio no cayó nunca en estas puerilidades de perverso gusto, que son degradación del arte.

Imitando las poesías provenzales, y principalmente los himnos litúrgicos latinos, escribió Alfonso X muchas composiciones, en las cuales combinó, á veces con desmedida audacia, versos de diferente medida, y repitiendo con sobrada abundancia un mismo consonante; pero esto, que resulta grato y armonioso, lo hacía no sólo como gala y gentileza de la versificación, sino también como medio de hallar facilidades y analogías para adaptar al ritmo poético el ritmo musical (2).

(1) En antiguas ediciones de Rabelais, esta poesía en honor del vino está cercada de una línea que reproduce exactamente la forma de una botella.

(2) Para dar idea de las combinaciones métricas de los provenzales, nos parece oportuno copiar aquí, como ejemplo, una estrofa de una canción amorosa del trovador Peirols:

«Mos cors salh e trembla
 soven,
 m' amia lo m' embla
 si qu' ieu non o sen;
 qu' ilh m' aima, so m' sembla
 quomen
 lo sieus digz ressembla
 lo mieu pessamen;
 don dirai,
 que mout mi plai
 souffrir aital turmen
 don ieu tan ric joi aten »

No debe olvidarse que las *Cantigas de Santa María* fueron compuestas para ser cantadas por juglares en las iglesias. Así lo da á entender el rey Alfonso en su testamento, y claramente lo expresa en la cantiga CLXXII.

«E d'esto cantar fezemos
que cantassen os ioglares.»

CAPÍTULO VIII

Carácter de Alfonso X.—Injusticias de la historia y de la poesía.—Calumnia contra la piedad del Rey Sabio.—Testimonios de su acrisolada piedad.—Defensa del Rey contra el Dante.—Perseverante entereza de Alfonso para sostener su derecho al Imperio.—Su ánimo sincero.—Su espíritu tolerante y caritativo.—Su indole caballerosa y bizarra.—Periodo de desventura y decadencia.—Fervientes alabanzas de Brunetto Latini.

Una de las circunstancias importantes que dan valor á las *Cantigas de Santa María* es el luminoso reflejo que hay en ellas del carácter del Sabio Monarca, y del estado de la cultura de Castilla en aquella remota edad; reflejo que apenas se vislumbra en los antiguos escritos históricos.

¡Cuán engañado y mal satisfecho queda el ánimo cuando busca en las crónicas de la Edad-media la imagen, el bosquejo siquiera, de la vida intelectual de esplendorosos y célebres reinados como el de Alfonso X, en los cuales las artes y las letras daban vigor y lustre á aquellas generaciones animosas, que iban sacudiendo rápida y afanosamente las cadenas de la barbarie de siglos anteriores! Mudos están los anales de los historiógrafos castellanos acerca del contento y de la noble largueza con que el preclaro Monarca acogía en su corte á los sabios y á los poetas de todas las naciones. A rompimientos y alianzas con monarcas árabes y cristianos, á intrigas, ingraticudes y rebeliones de los príncipes y de los magnates, á tratos, documentos y enfadosos dis-